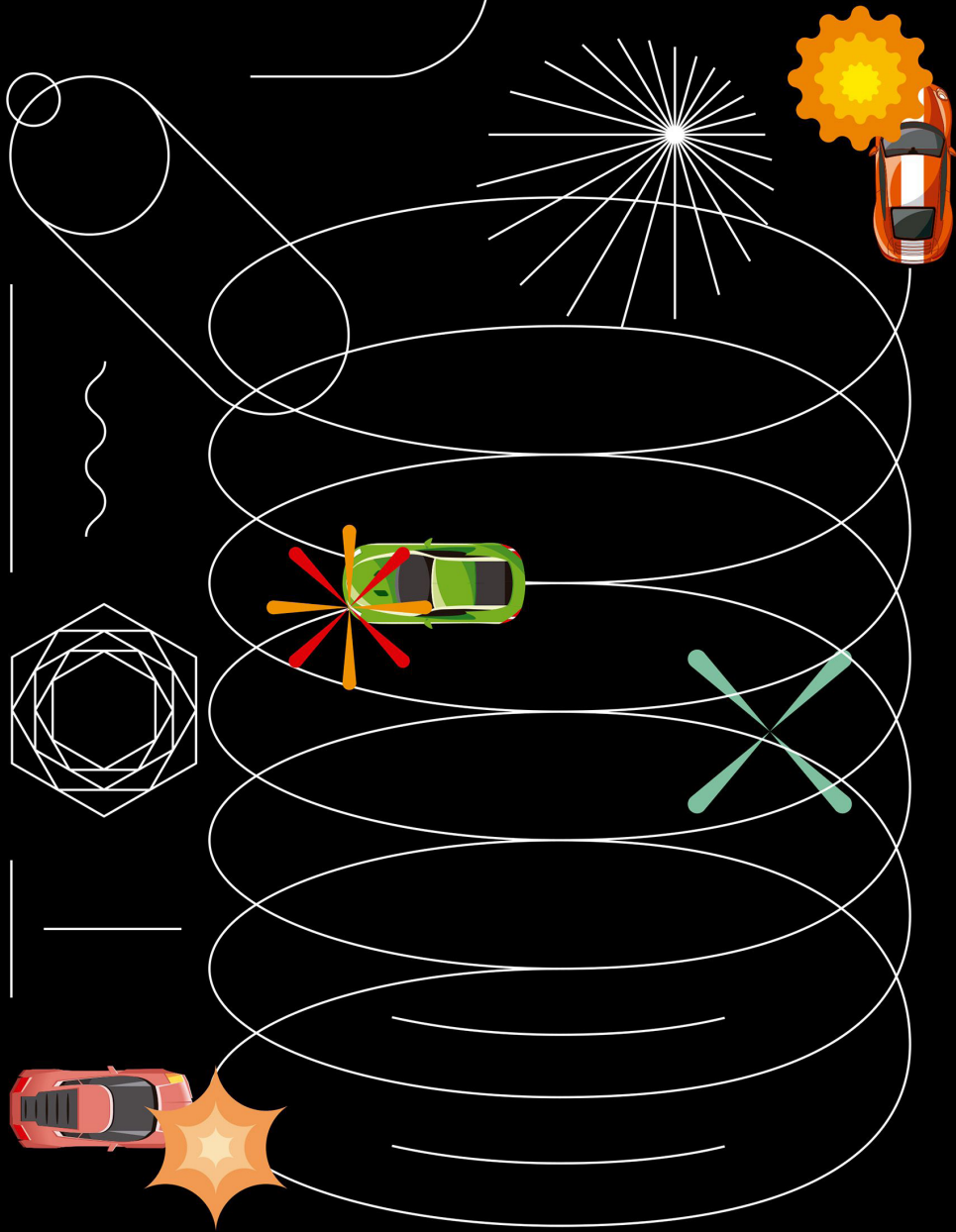


CRASH

minotauro



J.G.BALLARD

J.G.BALLARD

CRASH

minotauro

1

Vaughan murió ayer en su último accidente de coche. A lo largo de nuestra amistad, ensayó su propia muerte en muchos accidentes de tránsito, pero este fue el único de verdad. Condujo directo a la colisión contra la limusina de la actriz de cine, su coche saltó la valla del paso sobre nivel del aeropuerto de Londres y se estrelló contra el techo de un autobús repleto de pasajeros de una compañía aérea. Los cuerpos envueltos de los turistas aplastados aún yacían sobre los asientos de cuero sintético, como una hemorragia solar, cuando me abrí paso entre los técnicos de la policía una hora más tarde. Agarrada al brazo de su chofer, la actriz de cine Elizabeth Taylor, con quien Vaughan soñaba morir desde hacía tantos meses, permanecía a un lado, bajo las luces de las sirenas de las ambulancias. Cuando me arrodillé junto al cadáver de Vaughan, la actriz se llevó una mano enguantada a la garganta.

¿Quizá vio en la postura de Vaughan la clase de muerte que él había concebido para ella? Durante sus últimas semanas de vida, Vaughan no pensó en nada más que en la muerte de la actriz, una coronación de heridas escenificada con la devoción de un oficial de Estado. Las paredes de su departamento, cerca de los estudios cinematográficos Shepperton, estaban cubiertas con las fotografías que le hacía cada mañana con zoom desde los puentes que cruzaban por encima de la autopista del oeste y desde la terraza del garaje de los estudios, cuando ella salía de su hotel de Londres. Yo mismo, en la fotocopidora de mi oficina, le había hecho a regañadientes ampliaciones de muchas de aquellas fotos, detalles de sus rodillas y de sus manos, de la cara interior de los muslos, de la comisura izquierda de los labios, entregándole las impresiones como si fueran el acta de una sentencia de muerte. Una vez, en su departamento, vi cómo

ensamblaba los detalles de su cuerpo con fotografías de heridas grotescas extraídas de un libro de cirugía plástica.

En su visión del accidente de coche con la actriz, Vaughan estaba obsesionado con las muchas heridas y golpes que sufrirían, con la imagen de la chapa destrozada de ambos automóviles empotrándose en complejas colisiones repetidas sin fin, como en las escenas a cámara lenta de las películas, con que sus cuerpos sufrirían idénticas heridas, con que el parabrisas estallaría contra la cara de la actriz rompiendo su superficie polarizada como una Afrodita nacida de la muerte, con que sus muslos se fracturarían por múltiples sitios contra la palanca del freno de mano y, por encima de todo, con que sus genitales resultarían destrozados, el útero de ella sería perforado por la insignia metálica de la marca del coche y el semen de él salpicaría el marcador luminoso que registraría para siempre la última temperatura del motor y el nivel de gasolina.

Vaughan sólo parecía tranquilo en los momentos en que me describía al detalle ese choque final. Hablaba de las heridas y de los golpes con la erótica ternura de un amante alejado durante mucho tiempo. Rebuscando entre las fotos de su departamento, se volvía levemente hacia mí, y su perfil robusto me mostraba el bulto de su pene casi erecto. Sabía que mientras me provocara con su propio sexo, que utilizaba con tanta indiferencia como si pudiera deshacerse de él en cualquier momento, yo nunca lo abandonaría.

Diez días atrás, cuando me robó el coche del estacionamiento de mi edificio, Vaughan lo lanzó por la rampa de cemento, una horrible máquina surgiendo de una trampa. Ayer su cuerpo yacía a la luz de los faros de la policía, a los pies del paso sobre nivel, velado por un delicado encaje de sangre. Las posturas imposibles de sus piernas y brazos rotos, la sangrienta simetría de su rostro, parecían parodiar las fotos de lesiones producidas en accidentes que cubrían las paredes de su departamento. Por última vez, miré su abultada ingle, ahora empapada en sangre. A unos veinte metros, aún iluminada por las luces de las ambulancias, la actriz seguía agarrada del brazo de su chofer. Vaughan había soñado morir en el preciso instante en que ella alcanzara al orgasmo.

Antes de su muerte, Vaughan había provocado muchos accidentes. Cuando pienso en él, lo veo dentro de los coches robados que conducía y destrozaba, con la chapa y los plásticos deforma-

dos envolviéndolo para siempre. Dos meses antes me lo encontré en la calzada inferior del paso sobre nivel del aeropuerto, acababa de ensayar su propia muerte por primera vez. Un taxista ayudaba a salir a dos azafatas temblorosas de un coche pequeño al que Vaughan había embestido lanzando el suyo contra ellas desde una curva oculta en un cruce de la carretera. Corrí hacia él y lo vi a través del parabrisas resquebrajado del descapotable blanco que había robado poco antes en el estacionamiento de la terminal transoceánica. Su rostro exhausto, su boca herida, estaban iluminados por arcoíris rotos. Me costó abrir la puerta abollada. Sentado y cubierto de cristales, Vaughan estudiaba su propia postura con expresión satisfecha. Las manos, con las palmas hacia arriba, estaban empapadas de la sangre que botaba de sus rodillas desgarradas. Examinaba los vómitos adheridos a las solapas de su campera de cuero y tocaba las manchas de semen que salpicaban el tablero de control. Intenté sacarlo del automóvil, pero apretaba las nalgas con fuerza como si aún estuviera expulsando las últimas gotas de la vesícula seminal. En el asiento de al lado y despedazadas, estaban las fotos de la actriz que yo mismo había fotocopiado por la mañana en la oficina. Ampliaciones parciales de labios y cejas, brazos y codos formaban un mosaico roto.

Para Vaughan, los accidentes de tránsito y su propia sexualidad habían contraído su unión última. Lo recuerdo de noche, con chicas nerviosas en los asientos traseros de coches abandonados en cementerios de chatarra, en fotos de posturas sexuales imposibles. Los rostros contraídos, los muslos tensos, iluminados por el flash de una Polaroid, como si fueran los atemorizados supervivientes de un desastre submarino. Aquellas prostitutas en ciernes, que Vaughan encontraba en bares nocturnos y en los supermercados del aeropuerto de Londres, eran primas hermanas de los pacientes que aparecían en las ilustraciones de sus libros quirúrgicos. Durante sus estudiados procesos de seducción de mujeres heridas, Vaughan se obsesionaba con las llagas infectadas, con las heridas faciales y genitales.

A través de Vaughan descubrí el verdadero significado de un accidente de automóvil, el golpe seco y breve, el éxtasis del choque frontal, las volcadas. Juntos visitábamos el Laboratorio de Investigación de Accidentes, a treinta y dos kilómetros de distancia al oeste de Londres, y observábamos cómo los coches se estrellaban contra los bloques de hormigón. Luego, en su departa-

mento. Vaughan proyectaba a cámara lenta las pruebas de las colisiones que había grabado con su cámara de súper-8. Con la habitación a oscuras y sentados sobre almohadones en el suelo, contemplábamos cómo los silenciosos impactos resplandecían contra la pared por encima de nuestras cabezas. Primero, las secuencias repetidas de los automóviles chocando me calmaban, después me excitaban. Solo por la autopista, bajo las luces brillantes de los reflectores, me imaginaba a mí mismo al volante de aquellos coches que se chocaban.

Durante los meses que siguieron, Vaughan y yo pasamos muchas horas conduciendo por las rutas del perímetro norte del aeropuerto. En los tranquilos atardeceres de verano, aquellos boulevares rápidos se convertían en una zona de accidentes de pesadilla. Escuchábamos las comunicaciones de la policía en la radio de Vaughan e íbamos de un accidente a otro.

A menudo nos deteníamos un buen rato bajo las luces que iluminaban el escenario de los siniestros más importantes, contemplábamos a los bomberos y a los técnicos de la policía trabajando con lámparas de acetileno y herramientas para liberar a esposas inconscientes atrapadas junto a sus maridos muertos, o esperábamos mientras algún médico se apresuraba a atender a un moribundo aplastado bajo un camión volcado. En ocasiones, otros espectadores empujaban a Vaughan, o este forcejeaba con los conductores de las ambulancias para que no le quitaran su cámara. Por encima de todo, a Vaughan le interesaban los accidentes frontales, o los choques contra los pilares de los puentes de la autopista, la melancólica unión formada por un vehículo accidentado y abandonado en la banquina y la serena escultura de hormigón.

Una vez fuimos los primeros en llegar hasta el coche accidentado de una conductora que todavía permanecía herida en su interior.

Era la cajera de mediana edad de una tienda de licores libre de impuestos del aeropuerto. Estaba sentada, vacilante, en el interior destrozado, tenía brillantes fragmentos del parabrisas en la frente que parecían joyas. Cuando se acercó una patrulla, iluminando la autopista con la sirena encendida, Vaughan corrió a por la cámara y el flash. Me aflojé la corbata y busqué en vano las heridas de la mujer. Me miró sin decir nada y se tendió de lado en el asiento. Vi cómo la sangre empapaba su blusa blanca. Cuando Vaughan hizo

su última fotografía, se arrodilló dentro del coche, le agarró la cara entre las manos con cuidado y le susurró algo al oído. Juntos ayudamos a subirla a la camilla de la ambulancia.

De camino al departamento, Vaughan reconoció a una puta del aeropuerto que esperaba en la entrada de un restaurante de la autopista, una acomodadora de cine a tiempo parcial que siempre se quejaba de que el audífono de su hijo pequeño no funcionaba bien. Sentados detrás de mí, ella se quejaba con Vaughan de mi manera nerviosa de conducir, pero él contemplaba sus movimientos con una mirada abstraída, casi alentándola a que moviera las manos y las rodillas. Fuimos a la planta más alta de un estacionamiento vacío de Northolt y esperé en la baranda. En el asiento trasero del coche, Vaughan acomodó las piernas de la mujer en la misma postura que las de la cajera accidentada. Encorvó su robusto cuerpo sobre ella bajo el reflejo de las luces de los faros que pasaban y adoptó una serie de posturas estilizadas.

Vaughan me fue desvelando poco a poco todas sus obsesiones acerca del misterioso erotismo de las heridas: la lógica perversa de los tableros de controles empapados en sangre, los cinturones de seguridad manchados de excrementos, los parabrisas cubiertos de masa encefálica. Todo vehículo estrellado desencadenaba en Vaughan una excitación trémula, la compleja geometría de un paragolpes abollado, las inesperadas variaciones de la rejilla del radiador aplastado, la grotesca prominencia de los plásticos sobresaliendo del pubis de un conductor como en algún acto calibrado de felación mecánica. El tiempo y el espacio íntimo de un ser humano se fosilizaban para siempre en aquella telaraña de chapa afilada y cristal agrietado.

Una semana después del funeral de la cajera, mientras conducíamos de noche por el perímetro oeste del aeropuerto, Vaughan se desvió hacia la banquina y atropelló a un perro de gran tamaño. El impacto de su cuerpo, que sonó como el golpe de un martillo de goma, y la lluvia de cristales cuando el animal se estampó contra el parabrisas, me convencieron de que estábamos a punto de morir estrellados. Vaughan no se detuvo. Aceleró aún más, con el rostro lleno de cicatrices pegado al parabrisas perforado, quitándose irritado los cristales que se le habían clavado en las mejillas. Sus actos violentos eran ya tan aleatorios que yo me había convertido en un simple espectador cautivo. Sin embargo, a la mañana siguiente, en la última planta del estacionamiento del aeropuerto

donde abandonó el coche, Vaughan me enseñó con calma las profundas abolladuras del capó y del techo. Se quedó mirando un avión lleno de turistas que se elevaba en el cielo hacia el oeste, con el rostro pálido y el ceño fruncido como el de un niño melancólico. Los largos surcos triangulares en la chapa del automóvil se habían formado con la muerte de una criatura desconocida, su identidad se había desvanecido, se había fundido con la geometría de aquel vehículo. ¿Cuánto más misteriosa sería nuestra propia muerte, y la de los famosos y poderosos?

Incluso esta primera muerte parecía tímida en comparación con las otras en las que participó Vaughan, y con las muertes imaginarias que llenaban su mente. Tratando de agotarse a sí mismo, Vaughan había ideado un aterrador almanaque con imaginarios desastres automovilísticos y heridas desquiciadas: pulmones de hombres de edad avanzada perforados por las manijas de las puertas, pechos de chicas atravesados por volantes, mejillas de jóvenes guapos rajadas por el marco cromado de una baliza. Para él, aquellas heridas eran las claves de una nueva sexualidad nacida de una tecnología perversa. Las imágenes de aquellas heridas colgaban en la galería de su mente como una exposición en el museo de un matadero.

Cuando ahora pienso en Vaughan, ahogándose en su propia sangre bajo las luces de las sirenas de policía, recuerdo los innumerables accidentes imaginarios que me describía cuando recorríamos las autopistas del aeropuerto. Soñaba con limusinas de embajadores que se estrellaban contra camiones cisterna que transportaban butano, con taxis llenos de niños alegres chocando de frente contra relucientes vidrieras de supermercados vacíos. Soñaba con hermanos y hermanas que no se conocían y que se encontraban por primera vez y por casualidad al chocar en la vía de ingreso de una planta petroquímica, el incesto inconsciente, explícito en el metal resquebrajado, en las hemorragias de su masa cerebral aplastada contra los tanques de aluminio y las cámaras de compresión. Vaughan imaginaba grandes colisiones por detrás entre enemigos jurados, muertes nacidas del odio y celebradas con la combustión de el combustible del motor en las zanjas al borde de la ruta, con la pintura del automóvil hirviendo bajo la luz de aburridas tardes en ciudades provincianas. Visualizaba detallados accidentes de criminales a la fuga, de recepcionistas de hotel fuera de servicio atrapadas entre el volante y el regazo del amante al que

unos segundos antes estaba masturbando. Pensaba en choques de parejas en plena luna de miel, sentados juntos después de impactar contra el eje trasero de un camión cargado de azúcar. Pensaba en accidentes de diseñadores de automóviles, la más abstracta de todas las muertes posibles, heridos dentro de sus coches junto a promiscuos técnicos de laboratorio.

Vaughan elaboraba un sinfín de variaciones de aquellos accidentes, centrándose sobre todo en repeticiones de colisiones frontales: la muerte escenificada de un pederasta y un médico superado por su trabajo, primero en colisión frontal y, a continuación, en caso de vuelco. La prostituta jubilada chocando contra el muro de hormigón de la autopista, su cuerpo con sobrepeso impulsado a través del parabrisas hecho añicos, su vientre menopáusico rajado por la insignia metálica del capó. Su sangre extendiéndose por el asfalto iluminado por la luna, convirtiéndose en una imagen imborrable para el técnico de la policía que taparía el cadáver despedazado con la manta de color negro. O bien la misma mujer atropellada por un camión que daba marcha atrás en una gasolinera de la autopista, aplastada contra la puerta de su coche mientras se agachaba para aflojarse el zapato derecho, los contornos de su cuerpo enterrados en la chapa ensangrentada de la puerta. La veía pasar volando por encima de los carriles del paso sobre nivel, muriendo como el propio Vaughan moriría más tarde, aplastándose contra el techo del autobús de una compañía aérea, con su carga de viajeros complacidos multiplicada por la muerte de aquella mujer miope de mediana edad. La veía atropellada por un taxi que circulaba a demasiada velocidad cuando salía de su propio coche para hacer sus necesidades en unos baños de ruta, su cuerpo volando a un centenar de metros de distancia salpicando chorros de orina y sangre.

Pienso en las demás muertes que visualizábamos, muertes absurdas de heridos, mutilados y despedazados. Pienso en accidentes de psicópatas, en choques inverosímiles llevados a cabo con veneno y autodesprecio, en viciosas colisiones múltiples entre oficinistas cansados, tramadas en automóviles robados por la noche en las autopistas. Pienso en accidentes absurdos de amas de casa neurasténicas que regresan de sus clínicas de enfermedades venéreas, chocando contra coches estacionados en las calles principales de los suburbios. Pienso en accidentes de esquizofrénicos excitados que chocan de frente contra camionetas de lavandería en calles de

un solo sentido; de maniaco-depresivos aplastados mientras recorren sin sentido las calles de acceso a la autopista; de paranoicos infortunados dirigiéndose a toda velocidad contra la pared de ladrillo que cierra el extremo de un callejón sin salida; de sádicas enfermeras jefe decapitadas al volcar sus coches en complejas vueltas reiteradas; de directoras de supermercado lesbianas quemadas hasta la muerte dentro de sus pequeños automóviles ante las miradas estoicas de bomberos de mediana edad; de niños autistas aplastados en colisiones por detrás, sus ojos heridos de muerte; de autobuses llenos de deficientes mentales ahogados estoicamente en los canales industriales que recorren las cunetas.

Mucho antes de que Vaughan muriera, yo ya había empezado a pensar en mi propia muerte. ¿Con quién voy a morir, y bajo qué rol: psicópata, neurasténico, criminal en fuga? Vaughan soñaba continuamente con muertes de famosos, inventaba choques imaginarios para ellos. Alrededor de las muertes de James Dean y Albert Camus, Jayne Mansfield y John Kennedy había tejido elaboradas fantasías. Su imaginación era un polígono cuyos objetivos para tirar eran actrices, políticos, magnates de los negocios y ejecutivos de televisión. Vaughan los seguía a todas partes con el zoom de su cámara, los contemplaba desde la plataforma de observación de la terminal transoceánica del aeropuerto, desde los balcones de los hoteles y los estacionamientos de los estudios. Vaughan había ideado para cada uno de ellos una muerte perfecta en accidente de tránsito. Onassis y su esposa morirían en una recreación del asesinato de la plaza Dealey. Veía a Reagan en una compleja colisión trasera, una muerte estilizada que expresaba la obsesión de Vaughan por los órganos genitales de Reagan, como su obsesión por el roce exquisito del pubis de la actriz de cine contra las fundas de cuero sintético de los asientos de las limusinas alquiladas.

Después de su último intento de matar a mi esposa Catherine, supe que Vaughan por fin se había retirado al interior de la prisión de su propia cabeza. En este reino sobreiluminado y gobernado por la violencia y la tecnología, ahora conducía para siempre a ciento setenta kilómetros por hora a lo largo de una autopista vacía, dejando atrás gasolineras desiertas, a la espera de un solo coche que se acercara. En su mente, Vaughan veía morir al mundo entero en un accidente automovilístico simultáneo, millones de vehículos empotrados juntos en una comunión terminal de vísceras y chorros de refrigerante de motor.

Recuerdo mi primera colisión menor, fue en el estacionamiento de un hotel abandonado. Preocupados por la proximidad de una patrulla, nos forzamos a realizar un apresurado acto sexual. Al salir del estacionamiento choqué contra un árbol. Catherine vomitó en mi asiento. Aquel charco de vómito con sus coágulos de sangre como rubíes líquidos, viscosos y discretos como todo lo producido por Catherine, todavía contienen para mí la esencia del delirio erótico del accidente, más emocionante que la propia mucosa rectal y vaginal, refinado como el excremento de una reina de las hadas o las minúsculas gotas de líquido que se formaron en sus lentes de contacto. En aquel charco mágico, emergido de su garganta como el raro líquido de la fuente de algún santuario remoto y misterioso, vi mi propio reflejo, un espejo de sangre, semen y vómito, destilado por una boca cuyos contornos, solo unos minutos antes, se habían deslizado a ritmo constante por mi pene.

Ahora que Vaughan ha muerto, saldremos con las otras personas que se reunían a su alrededor, como una multitud atraída por un lisiado herido cuya deformada postura revelara las fórmulas secretas de sus mentes y sus vidas. Todos los que conocíamos a Vaughan aceptábamos el erotismo perverso del accidente de coche, tan doloroso como el contorno de un órgano expuesto a través de la abertura de la herida quirúrgica. He visto a parejas teniendo sexo mientras conducían de noche, por rutas oscuras. Hombres y mujeres al borde del orgasmo, lanzados a toda velocidad y yendo directamente hacia las luces de la corriente de tránsito del carril contrario. Hombres jóvenes y solos, al volante de su primer automóvil, cerca de cementerios de vehículos destrozados, masturbándose mientras las ruedas desgastadas los llevan a destinos sin rumbo. Salpicando de semen el velocímetro roto después de casi estrellarse en un cruce. Y más tarde, los restos secos de ese mismo esperma acariciando los cabellos enlacados de la joven que yace en su regazo con el pene dentro de su boca mientras él, con una sola mano en el volante, se lanza a toda velocidad a través de la oscuridad hacia un entramado de vías de acceso a varios niveles. El chirrido de los neumáticos provocando su eyaculación cuando adelanta rozando la parte trasera de un camión articulado cargado de televisores en color, mientras con la mano izquierda le frota el clítoris a ella hasta llevarla al orgasmo, viendo los destellos de las luces largas del camión que le avisa por el espejo retrovisor. Y luego él mismo

ve a un amigo que mete a una adolescente en el asiento trasero. Unas manos grasientas de mecánico muestran las nalgas de ella a los carteles publicitarios que van dejando atrás. Las rutas mojadas brillan con el resplandor de las luces y los chirridos de los frenazos. El tronco de su pene destella por encima de la chica cuando golpea contra el techo de plástico desgastado del coche, manchando de esperma la tela amarilla.

La última ambulancia ya había salido. Una hora antes, habían acompañado a la actriz de cine hasta su limusina. Bajo la luz del atardecer, el asfalto claro del escenario del accidente debajo del paso sobre nivel parecía una pista de aterrizaje secreta de la que misteriosas naves despegaban hacia un cielo metalizado. El avión de cristal de Vaughan volaba por encima de las cabezas de los espectadores aburridos que se metían de nuevo en sus automóviles, volaba por encima de los policías cansados de levantar las maletas y los bolsos aplastados de los turistas del autobús de la compañía aérea. Pensé en el cuerpo de Vaughan, ahora frío, su temperatura rectal descendiendo gradualmente, como la de las otras víctimas del accidente. A través del aire de la noche los grados de temperatura caían como serpentinas desde las torres de oficinas y edificios de departamentos de la ciudad, y desde la cálida mucosa de la actriz de cine en la suite de su hotel.

Conduje de vuelta al aeropuerto. Las luces de la avenida Oeste iluminaban los coches veloces, avanzando hacia la celebración de las heridas.